sus funciones. Conviene que en ella reciba todos los sacramentos, desde el bautismo hasta la última unción, y las postreras preces. Para conseguir este amor á la parroquia, sed exactos en las horas de las Misas, de modo que nunca tengan que esperar inútilmente; colocad cómodos asientos, en particular para los hombres, que en muchas partes no encuentran dónde ponerse, y jamás, por motivo alguno, permitáis que se cobre nada por el asiento, que siempre ha de ser gratuito. Cuando el célebre cardenal Pie, obispo de Poitiers, saludó en el Concilio Vaticano á mi venerado Predecesor, el Ilmo. Sr. Valdivieso, le preguntó: «Monseñor, ¿se pagan los asientos en vuestros templos?» Y, cuando oyó que no, agregó: «Pues entonces se conservará la fe en el pueblo. Entre nosotros el centavo del asiento la va perdiendo.»

Leed, amados párrocos, en vuestras iglesias la presente Pastoral, explicándola por partes según el tiempo lo permita, y Dios, testigo de vuestros esfuerzos, os colme de bendiciones, como cada dia se lo pide vuestro obispo.

Dado en Santiago, el 4 de marzo, primera Domínica de Cuaresma de mil novecientos.

MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

MIGUEL CLARO,
Secretario.

PASTORAL
SOBRE LA CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y fieles de la arquidiócesis, salud y paz en el Señor.

Cor Jesu sacratissimum venite adoremus.
Venid, y adoremos al Corazón sacratísimo de Jesús.

UNO de los más grandes acontecimientos realizados en el presente siglo en orden á la piedad católica, es la consagración del universo al Corazón sacratísimo de Jesucristo, verificada el año último por el Supremo Jerarca de la Iglesia en su memorable encíclica *Annum Sacrum*, que á continuación publicamos. Este acontecimiento ha colmado los antiguos anhelos del mundo católico, que ansiaba ver honrado con glorificación universal y correspondido con júbilo y solemne testimonio de agradecimiento el inefable amor en que se abrasa el más grande, el más perfecto, el más generoso de los corazones.

Hace dos siglos que Jesucristo manifestó á su santa confidente el ardoroso deseo de ver á su Corazón amado y glorificado en todas partes, á fin de que el amor á los hombres en que se consume encontrase ocasión de derramarse en el mundo de las almas como un río caudaloso de gracias y bendiciones extraordinarias. Ese deseo ha sido oído por el mundo, y por eso la devoción al Corazón de

Jesús, oculta en un tiempo en el fondo secreto de las almas, ha ido ostentándose poco á poco á la luz del día, y muchas diócesis, parroquias, comunidades religiosas y naciones enteras se habían consagrado solemnemente al Corazón adorable, refugio y suprema esperanza de la tierra.

Pero no eran bastantes estas demostraciones aisladas de cariñosa correspondencia. Para satisfacer los insaciables deseos de ese Corazón divino, era menester un don más excelente, más magnífico, más amplio que el de una nación, de una diócesis ó de un instituto religioso: era preciso ofrecerle como prenda de correspondencia el amor de la Iglesia entera, el homenaje de toda la tierra, el corazón agradecido de todos los hombres que viven de la fe. Y éste es el don magnífico que acaba de ofrecerle el Vicario augusto de Jesucristo, que inviste por derecho propio la representación oficial de toda la Iglesia y ante cuya divina autoridad se inclina el mundo reverente.

Y la Iglesia ha respondido á la disposición pontificia con un grito unánime de júbilo, como si la consagración del universo al Corazón de Jesús hubiese sido el voto secreto de todas las almas, la aspiración universal de los Pastores y de los rebaños. Y así hemos visto que todas las diócesis de Europa en un mismo día cayeron de rodillas ante el Corazón divino pronunciando una misma fórmula de consagración en medio de los esplendores del culto y de los cánticos de gloria.

Los Obispos sudamericanos nos encontrábamos en Roma en ese día memorable. Ausentes de nuestras diócesis, no pudimos hacer otra cosa más que pronunciar en silencio nuestra consagración con el propósito de renovarla más tarde en medio de nuestro rebaño con la solemnidad que requiere la grandeza del acto. Esa ocasión no pudo ser otra que el día designado por el mismo Jesucristo para recibir de las almas fieles homenajes de amor y de repa-

ración á su Corazón, justamente agraviado por la ingratitud de los hombres. El 22 de junio próximo tendremos, Dios mediante, la íntima satisfacción de colocar bajo la amorosa tutela de ese Corazón amantísimo los intereses de nuestra arquidiócesis y todas las instituciones católicas que viven en su seno, institutos monásticos, seminarios, universidades, colegios, asociaciones de piedad, de caridad y beneficencia, las familias y todo el pueblo cristiano, haciendo uso de la concesión contenida en las Letras Apostólicas de 27 de noviembre del año último, por la cual se autoriza á los Ordinarios eclesiásticos de los países á que hubiese llegado tarde la Encíclica *Annum Sacrum* para hacer la consagración el día del sagrado Corazón ó el domingo siguiente del corriente año, pudiéndose ganar las mismas gracias é indulgencias.

Es menester que os penetréis, amados diocesanos, de la importancia del acto que hemos de ejecutar. La consagración del universo al Corazón de Jesús, hecha por el Papa y aceptada con intenso júbilo por el mundo católico, es el reconocimiento público de la soberanía universal de Jesucristo; la confesión explícita de que Jesucristo es el *Dios de las naciones, á quien han sido dadas en herencia*[1]; de que es Él el que gobierna en lo más alto de los cielos las riendas de todos los imperios, *muda los tiempos y las edades, traslada los reinos y los afirma*[2]; de que este Hijo del hombre es á quien *han sido dados honor, potestad y reino, á quien han de servir todo pueblo, toda tribu y toda lengua, de quien es el imperio de cuanto hay debajo del cielo y á cuyo principado sempiterno se sujetarán con entera sumisión los reyes de la tierra*[3]; de que *ha sido establecido juez de vivos y muertos*, y *ante cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno*[4].

[1] Salmo 2, 8. [2] Dan. 2, 21. [3] Dan. 7, 27.
[4] San Pablo á los Filipenses y á los Romanos.

Esta divina y real soberanía que anunciaron los profetas, parece tener hoy su más cabal cumplimiento. El mundo católico, consagrándose á Jesucristo, se da todo entero á Él y se coloca bajo su dominio, no solamente en cumplimiento de su deber y en reconocimiento de su derecho, sino en correspondencia al amor inefable del Corazón divino. Es como si dijera: «Os he pertenecido siempre á título de Creador y Redentor, pero desde hoy os pertenezco también por amor y por gratitud.»

No hay más dulce dependencia que la que inspira el amor; por eso el hombre se hace voluntariamente esclavo de quien ama. No hay tampoco soberanía más hermosa que la que se ejerce sobre los corazones amantes: es la suave soberanía de la madre, que se hace obedecer de sus hijos más por amor que por autoridad.

Ésa es la soberanía que quiere ejercer Jesucristo sobre los hombres cuando nos muestra su Corazón envuelto en amorosas llamas, diciendo: *He aquí el Corazón que tanto ha amado á los hombres;* ésta la dulce esclavitud á que quiere vernos sujetos cuando con acentos de fraternal ternura nos pide que lo amemos: *Fili, præbe cor tuum mihi: Hijo mío, dáme tu corazón.* Quiere reinar por amor; y por eso no nos intimida con los rayos de su cólera, sino que nos muestra el tesoro inagotable de sus misericordias; no pone á la vista de los pecadores los castigos á que son acreedores por sus culpas, sino que los llama á penitencia con las quejas melancólicas del amor mal correspondido.

Nuestra consagración colma este vivo anhelo de su Corazón: con ella confesamos públicamente que Jesucristo es nuestro Rey, pero al mismo tiempo declaramos que nuestro vasallaje no es solamente el reconocimiento de su divina autoridad, sino también la dulce dependencia que inspira el amor.

Esta consagración importa también un acto de reparación. En ningún siglo ha sufrido más violentos ataques la persona de Jesucristo como en el siglo que va á concluir. En otros tiempos la herejía desfiguró su naturaleza, pero no negó su existencia histórica. La incredulidad de este siglo ha llegado á este último límite de la negación, sosteniendo que su nacimiento, su vida, sus milagros, su pasión, su muerte y resurrección son un cuadro forjado por la imaginación, y su persona un personaje de leyenda, un mito, una fábula. Los más moderados ven en Él á un sabio, á un filósofo, á un reformador, pero le niegan su divinidad.

Ésta es, sin duda, la inspiración más pérfida que los ángeles caídos han podido sugerir á sus secuaces. Tal vez porque ellos recuerdan con furor impotente que cayeron desde las alturas del cielo por no haber querido inclinarse ante el futuro Verbo encarnado; y después de dieciocho siglos de esfuerzos para aniquilar su obra, se han parapetado como en su última trinchera en la audaz negación de su personalidad histórica y de su divinidad.

Esta radical negación ha inferido á Jesucristo el ultraje mayor que ha podido recibir en el curso de los siglos. Este ultraje exigía una reparación correspondiente á su magnitud; y esa reparación no podía ser otra que una protesta universal de fe. Y esa protesta está hecha con la consagración del universo al Corazón de Jesucristo, porque es un homenaje al Hombre Dios tributado especialmente á la parte más noble, más delicada, más amable de su santa humanidad, órgano de su vida material, asiento de su amor incomprensible y fuente de donde emana el río de gracias que inunda al mundo. Es un acto de fe y de amor, un tributo rendido por la inteligencia y el corazón de muchos millones de almas, que apagará con la voz de la plegaria fervorosa y amante el eco insolente de la blas-